



Transmitir más, comunicar menos

Régis Debray

Traducción: Eva Saint-Arroman y Santiago Espinosa

Por un curioso cruce, al cual las tecnologías no son ajenas, parece que entre más saturamos el espacio, más desertamos el tiempo. El estresado del año 2000 que telefonea, clikea, faxea, enciende su tele y salta en un avión, divide su agenda en cuartos de hora, su *time-code* en segundos, pero su zona de desplazamiento útil se cuenta en miles de kilómetros. El pueblerino de 1850, que iba a la misa o al ayuntamiento, a pie o a caballo de su granja a la cabecera, procedía al contrario. Inscribía sus jornadas en un tiempo largo, medido en estaciones y generaciones, pero en un espacio reducido, medido en pasos y leguas. En un abrir y cerrar de ojos, un siglo, lo que separa al velocípedo del supersónico, la textura del mundo vivido ha invertido sus dominantes: las distancias se nos han vuelto indiferentes, pero la menor demora se nos vuelve insoportable (se habrá entendido que no hablo aquí de pintores y jardineros, sino del urbanizado medio, usted y yo). Así, a la contracción planetaria responde una pulverización del calendario; nos deslocalizamos igual de rápido que nos deshistorizamos; como si, a medida que multiplicamos nuestras autopistas, terrestres, aéreas, informáticas, perdiéramos en el impulso el sentido de la duración, y de las cronologías. No es que no nos hayamos puesto las pilas. Hacemos lo mejor por acordar nuestro pulso al ritmo de nuestras máquinas, nuestros reflejos se agotan corriendo tras nuestros motores. Cada uno conoce la inversión de las generaciones que siguen. Los niños dan clases a los padres. El abuelo pide al nieto que le enseñe cómo funciona, las máquinas comunicantes, cómo comportarse bien en la sociedad de la información. Lo que en cambio no pide el nieto (sino algo de pasta para comprar el último juego de vídeo). Como lo urgente hace olvidar lo esencial, los saberes de comunicar bien eclipsan a nuestras espaldas las artes de transmitir.

Comunicar, en nuestro juego de conceptos, es el *acto de transportar una información en el espacio*, y transmitir, *transportar una información en el tiempo*. Sin duda, hay que comunicar para transmitir: condición necesaria pero no suficiente. Pues si hay «máquinas que comunican» (Pierre Schaeffer), como la radio, el cine, la tele, el ordenador, etc., hace falta bastante más para transmitir (es el problema de la teleenseñanza o de la educación en pantalla: ante la ausencia de «tutor», el «tubo» se agota). Tal sería, muy esquemáticamente resumido, la distinción crucial. Estos verbos son hermanos, pero hermanos enemigos. Y el menor sueña con matar al mayor bajo el ridículo.

De aquí puede nacer una perplejidad. ¿Qué será de la herencia, de la identidad? ¿Cómo pasar la llama? Todos los siglos han resonado estas alarmas depresivas, se me dirá, y se encuentra ya en Hesíodo la idea de que los jóvenes son salvajes que no respetan nada y que rompen el hilo de la cultura. El miedo a dejar la baranda está hoy a la medida del salto tecnológico que nos hace vivir como un Renacimiento al cuadrado o al cubo. La ansiedad de ver apagarse el fuego sagrado (esta *sucesión acumulativa* que distingue la historia humana del pisoteo animal) es inherente a nuestra condición; pero ninguna época había, tanto como la nuestra, valorizado el discontinuo,

y no solamente en nuestras formas de escribir, de crear o de vivir. Somos sin duda la primera cultura a la que sus equipamientos técnicos permiten huir de sus deberes hacia las generaciones pasadas y futuras en sus imperativos inmediatos de circulación. La fuga del transmitir en el comunicar — ¿no puede ponerse en factor común a la escuela, al Estado, al arte, a las iglesias y a casi todas nuestras actividades supuestamente culturales?

Esto puede decirse de otra manera. Hacia 1900, sabíamos estar a la vez *hoy* y *ayer*: leyendo la Biblia o a Alexandre Dumas, recitando sus clásicos en la estrada, yendo al confesional o al Muro de los federados¹, tarareando la Marsellesa. O *ayer* y *mañana*, cantando la Internacional, leyendo a Émile Zola o a Jules Verne, escuchando al líder del Partido evocar la futura sociedad sin clases. Los humanos del año 2000, para los que ahora es sólo ahora, sabemos sobre todo estar *aquí* y *en otra parte*: con nuestro móvil, nuestra tele, nuestros e-mails y nuestros sitios. Parecería incluso, en Occidente, que existir no se siente si no se está en dos sitios a la vez (por el oído, el ojo o los dos). A las citas con los desaparecidos sacramentos religiosos o liturgias laicas suceden las relaciones dispersas, la co-presencia instantánea de los contemporáneos, el «contacto» a la horizontal. Los muertos se alejan, los vivos se aproximan. Internet anula a Euclides a fuerza de clics. Es el apogeo del movimiento de despegue comenzado hacia 1850, cuando las noticias se han puesto a ir más rápido que sus portadores. Con el telégrafo eléctrico y todos los cambios de velocidad que le han seguido, nos hemos instalado poco a poco en *la ubicuidad* (conquista de la que Valery, gran mediólogo antes de su hora, había presentado desde 1935 los efectos portentosos). «Cambiaría con gusto *perennidad* contra *ubicuidad*»: tal habría podido ser, en sus inicios, el anuncio de la sociedad de la información. En el mismo periodo de la desaparición física de las lenguas —veinticinco cada año, según Claude Hagège, sobre los más o menos cinco mil dialectos del planeta—, la palabra nunca ha circulado tanto y tan rápido alrededor de la tierra, testimonio de este dando y dando, que parece más un dando y perdiendo.

La *telepresencia* (o la videoconferencia) me pone ante los ojos a un congénere a diez mil kilómetros, lo que es sensacional; la *presencia real*, en la transubstanciación católica de la hostia, me ponía sobre la lengua el cuerpo de Cristo, que nos dejó hace dos mil años, —lo que tampoco estaba mal, en el género de la «realidad virtual». Salvo que las distancias abolidas, en el segundo caso, eran temporales, no espaciales. Si todos los chicos del mundo se dieran la mano... La informática hace del ideal *boy-scout* una performance efectiva ya que puedo, desde París, con un *data-glove*, un guante de datos, apretar la mano de un desconocido en Los Ángeles. Por su cuenta, la informalidad de Internet agranda el «círculo de familia», en el sentido demográfico —cada internauta tiene cien millones de amigos virtuales. ¿Cinco mil íntimos, mañana? La humanidad a toca-toca², a cliquea-cliquea sobre un ratón... Fóbica o devota, nuestra obsesión comunicante es estimulada, fuetada por los admirables avances de nuestras herramientas. Nuestros aparatos para domesticar el espacio fascinan, los aparatos para domesticar el tiempo, que no son máquinas sino ritos e instituciones, nos aburren —laicos o religiosos, parecen secarse solos. Desde entonces es tentativo tomar por dinero contante la gran ilusión de la globalización, que sería la *confusión de*

¹ Monumento en homenaje al fusilamiento de 147 defensores de la Comuna de París por los versalleses partidarios de Thiers el 28 de mayo de 1871, en el cementerio Père-Lachaise. [N. de los T.]

² Jugar al *touche-touche* en Francia es algo parecido a jugar «al doctor» entre niño y niña. [N. de los T.]

lo universal y lo planetario, y que podría llamarse *la babosada conectiva*. Porque universal se opone a compartimentado, vemos en la convergencia multimedia y la interconexión de los PC's la garantía de una humanidad por todas partes presente ante sí misma, unificada, pues globalizada. Como si la interdependencia de las neuronas en el sistema nervioso de la aldea global garantizara el acuerdo entre global-ricos y global-pobres. Como si la red pudiera tener lugar de herencia, o de proyecto. La perecuación de las tarifas no es la de las memorias. Una humanidad privada de su profundidad de tiempo se condena, se reduce pronto a la gestión más o menos odiosa de sus antagonismos. No es la interactividad la que hace la solidaridad, «la especie como un solo pueblo» (según el deseo de A. Comte), es la coexistencia de su pasado y de su presente en una visión de avenir. Es la instrucción, como iniciación a la duración. Es la telepresencia de los muertos, sinónimo de cultura. Como en una nación, no importa cuál, o una familia, es cimentada por una trayectoria (cristalizada en tal o cual lengua), la humanidad está fragmentada en y por su geografía, pero unificada en y por una historia. Una especie puramente comunicante, en la llanura, no viene más de la antropología, sino de los etnógrafos. Ella deviene un rompecabezas de exotismos o de comunidades, prometidas al ombliguismo y al color local. Y sabemos cómo el turismo, que es la primera industria mundial, estimula, alrededor de todo el planeta, la restauración o la recreación ficticias de atributos étnicos bien visibles, las últimas atracciones del viaje programado. De aquí la paradoja demasiado comprensible de una globalización tecno-económica llevando al mismo tiempo una balcanización político-cultural: integración por los estándares de acceso, fragmentación por las memorias locales. Como decía Claudel antes de la guerra, considerando la extraña concomitancia entre el incremento de nacionalismos y los progresos de la comunicación (teléfono, radio, avión, tren...), «Parecería que los hombres, entre más se conocen menos se aman. Entre más se tocan más se retractan, entre más toman una consciencia exclusiva de ellos mismos, más se apegan a su propio carácter y a sus diferencias fundamentales.» Podemos sacar de aquí un anuncio: para continuar amándose, no telefonee demasiado (anti-publicidad para France Télécom).

La ebriedad de la conexión generalizada, de la des-compartimentación liberadora —de las «jerarquías piramidales que pesaban sobre el mundo antiguo»— nos envela sin duda de su contrapartida, un encerramiento obstinado en el presente, que bien podría ser la firma de la época. Nos volvemos trans-fronterizos, y tanto mejor; pero asignados a la actualidad como nunca (suscitando el periodismo un chovinismo de jornalero, que reemplaza al antiguo espíritu de campanario, para trocar de alguna forma una asfixia por otra).

No es porque pongamos al mundo en red que podremos vivir esa red como un mundo. Un espacio vivible tiene un pivote y una periferia, un centro de la ciudad y suburbios, puntos cardinales, refugios y umbrales, barbechos y mercados. ¿No debemos, en este ámbito, distinguir entre lo funcional y lo existencial? Un hábitat, un ecúmeno, es un espacio habitado por el tiempo. Monumentos, puertas, restos, santuarios, sitios, fronteras. Lugares de fiesta, de ferias o de peregrinaje. «Los lugares son de las personas», decía Proust. Nuestras redes multiplican los *no-lugares* (Marc Augé), que son lugares de tránsito y de consumo, sin espesura temporal, sin carga semántica: aeropuertos, autopistas, supermercados, gasolineras, estaciones, *hubs*, peajes. Lugares de los que no somos capaces de guardar recuerdos, que no dejan marca detrás. Lugares no identificables, desidentificantes. Tanto como si está centrado en los EUA (los 13 primeros proveedores mundiales de acceso a Internet son americanos), tanto como si en Francia la mitad del tráfico de Internet pasa por los EUA, el ciberespacio es isótropo, irregular, abierto, sin Norte ni Sur, desprovisto tanto de puntos cardinales como

de líneas directrices — y esta aparente falta de «núcleo» hace su formidable atractivo. Territorio superpoblado pero no señalizado (se publica cada vez más, se edita cada vez menos). Profuso, pero hasta perderse. La impresión de anarquía hace de él un área de libertad, pero casi demasiado, y puede dudarse que el hombre, en tanto animal político, territorial, logre hacer su nido en la Red. Todo establecimiento humano supone, entre sus miembros, un doble movimiento de efracción y de repliegue. Requerimos el atractivo de lo vasto y el perímetro de la seguridad. El árbol y la piragua. Lo sagrado y lo profano. La Red es por demás insegura e inapropiable. No satisface más que la mitad del programa vital, la navegación a voluntad. El anclaje intelectual, puede temerse, exigirá otros muelles reguladores, y sin duda, según lo que vemos desde hace treinta años, una plétora de retornos arcaizantes (en la etnia, la religión, la lengua, las comarcas, etc.).

El ciberespacio tiene una elasticidad de utilización bien alejada de las utopías de antaño, centralizadas, verticales, cuadrículadas — pero hay una forma de ocuparlo como ábrete sésamo de una nueva era, como llave maestra redentora que evoca un poco el delirio lógico y geométrico de los falangeros y del Icaro del siglo XIX, si no de los jesuitas del Paraguay: disolver, conjurar el trabajo del tiempo, y su entropía, en una homogeneidad espacial y funcional. «Proyectamos el tiempo en el espacio», se arrepentía Bergson. Y el reproche que dirigía hacia la inteligencia mecánica, que sacrifica la espesura de lo vivido concreto a las abstractas relaciones que unen los diversos puntos de la llanura, nos parece valer como un cierto mesianismo informático.

La igualdad de oportunidades por la info-ruta, la pacificación del mundo por la interactividad y el libre acceso, — viene en todo caso de una apuesta cuando menos riesgosa, o de un lote de consolación bastante improbable: qué importan las afinidades si se tiene la conexión; qué importan los lazos si nos metemos en línea; qué importa que ya no viajemos en el tiempo si podemos ir a todas partes, instantáneamente.

Historicidad evasiva, espacialidad imperativa. ¿Qué no es rebautizado «espacio», hoy? Un automóvil, un teatro, un fumadero... Las selvas mismas, esas viejas reservas de leyendas góticas, han devenido espacios verdes, pero la Bella Durmiente no se durmió en un espacio verde. Hay que preguntarse si el gran viraje empezado hace tres mil años en nuestra cultura por el profetismo judío, y que hizo pasar los fundamentos de la existencia de una dimensión a otra, del espacio al tiempo, no vuelve en sentido contrario... Logramos insertar bastante bien lo doméstico o lo local dentro de lo nacional, luego dentro de lo mundial, a elevarnos de un micro a un macro-espacio de pertenencia. Insertamos muy mal, en cambio, tal momento vivido en una edad de la vida, ni nuestra biografía en las generaciones siguientes, ni tal aventura personal dentro de la aventura colectiva. Olvidamos la fecha de nacimiento de los padres, y dónde están enterrados los abuelos (si no fueron incinerados); perdemos un poco las señas, como se dice, pero tenemos la radio satelital bajo el tablero de borda. Nuestra posición en el tiempo es un poco borrosa, pero nuestra posición en el espacio tiene un margen de error de dos metros. Cada vez localizamos mejor, pero periodizamos cada vez menos. «¿Dónde estás?»: es nuestra primera pregunta por el móvil. «¿De dónde vienes?» sería una pregunta desplazada. No es asombroso después de todo que el periódico cotidiano nos sirva cada mañana un mundo nuevo y surgido de la nada. 2000... año-cero. Hacer *zapping* es cortar lo que dura. Como la misma economía de mercado, donde vemos arder y apagarse las cuotas de un día a otro, sin razón, siendo la Bolsa un eterno happening. Siempre sorprendente y sin tiempo muerto. En cuanto a las grandes liturgias contemporáneas, las del deporte, son llamaradas sin restos: Juegos Olímpicos, Mundial de fútbol. Los estadios, nuestras catedrales, agnósticas, aparecen como mega-monumentos de un culto del cuerpo sin credo, de una religión sin me-

mento, donde comulgamos cada anotación lograda no en una revivificación o un recogimiento, como en los lugares de culto a la antigua, sino en un espasmo participativo, una intensidad sin recuerdo ni perspectiva.

Y sin embargo, de buen grado se me objetará, nunca antes hemos celebrado tanto Venecia, idealizado lo antiguo, inventando incluso de él una moral de la memoria. Nunca hemos tanto almacenado trazos, tanto clasificado o inscrito monumentos, tanto historizado, culturalizado, museificado, preservado, exhumado, reanimado, alineado milenarios, jubileos y arrepentimientos, —que en este mundo «en el que nos emocionamos instantáneamente por todo para no ocuparnos duraderamente de nada» (según las palabras de Amin Maalouf). Nuestra bulimia conmemorativa, de hecho, parece insaciable. Cada día es bi o tricentenario. Como si cada uno pidiera al memorial renovar los hilos que el presente desanuda. Pero la revitalización aplicada del patrimonio implica, para éste último, la obligación de transformarse en *eventos*, a tal punto que podemos preguntarnos si la boga de los «lugares de memoria» (esta facultad también tiene desde entonces necesidad de espacio) no es un nuevo homenaje al jadeo del tiempo. El vestigio, sí, pero sólo si éste es de *actualidad*. De aquí el gancho *aniversario*, vuelto indispensable — para hablar de Bach o de Nietzsche. El gancho-expo, la exposición que no hay que perderse, para hacer venir al público a las colecciones permanentes de los Museos, y que por ser «permanentes» no hacen evento. O el golpe mediático de una restauración que pone de pronto en los proyectores un fresco o un cuadro olvidado porque aún «está ahí», *Sixtina* o *Noces de Cana*. O incluso el gancho-jornada. Nuestro todo-por-dinero ha instaurado la «jornada del rechazo a la miseria» (el 17 de octubre), como el todo-para-el-automóvil tiene su día sin coche, la sociedad del ruido su fiesta de la música y nuestras quejas a la clausura de librerías (en mi barrio parisino veinticinco han desaparecido en veinte años) el deber de festejar el «furor de leer». ¿Y si, en «la jornada del patrimonio», la palabra clave fuera *jornada*, no patrimonio? «Consumir» [en francés] es un verbo sin pasado ni futuro. La propia filosofía, según las instrucciones del Ministerio a los profesores de liceo, se ve sometida a reemplazar la noción de *principios esenciales* por la de *cuestiones «de anclaje contemporáneo»*. Creíamos tontamente que la actualidad de la filosofía se atenía a la permanencia de sus cuestionamientos, pues no, ahora debe plegarse a lo actual. Este reencuadre oportunista nos parece completamente natural, tanto estamos entrenados a confundir información y conocimiento, «saber que» y «saber». El valor mercantil de una información está en su frescura, se devalúa madurando, mi periódico vale siete francos esta mañana pero cero mañana en la mañana. Lo que no es (aún) el caso de los *Elementos* de Euclides o de las lamentaciones de Hermione, que deberían poder, en principio, escapar a los suspensos meteorológicos (hoyos de aire, mejoras del tiempo, depresiones, etc.). Es hasta el arte que debe atraerse al paseante, bajo el slogan vendedor de «A... como actualidad». «*Connaissance des arts*³, el hierro de lanza en materia de información bajo todos los frentes del arte, está allí donde hay movimiento.» Se creía que «el arte» reagrupaba lo que, en el temblor y el movimiento de las cosas, lograba permanecer en reposo, nuestra parte de eternidad, decían los grandilocuentes (el propio Baudelaire, en su elogio de la modernidad que pasa, metía al arte del lado de lo que no pasa). Ringard. La creación se alinea sobre lo evanescente. Y la nueva jerarquía de los materiales artísticos sitúa lo percedero (grasa, fieltro, desechos) sobre los ex-materiales nobles. Happenings y performances. Instalaciones de la quincena y retrospectiva de la semana. En la librería, éxitos del verano y cosechas

³ Revista de actualidad artística editada mensualmente en Francia. [N. de los T.]

de otoño consagran a las vedettes de la información. Todo ocurre como si lo perenne, para sobrevivir, debiera meterse en las normas de la impermanencia.

La sociedad de la información multiplica nuestros archivos, desde luego, pero también los fragiliza. Eso es la ambivalencia de la acumulación numérica, y en particular del documento electrónico. El hipervínculo lo une a mil otros, es una maravilla, pero su fugacidad amenaza, es una preocupación. La numeración de los fondos de archivos mejora en un sentido su salvaguarda —henos aquí descargados de los incendios fatales, «no más Alejandría». La desmaterialización numérica de las memorias las pone al abrigo del accidente puntual y material (igual, en la edición ideal de mañana, no habrá libros agotados, ni recorridos kilométricos en los depósitos de la periferia, ni gastos de almacenamiento o de transporte en camión del objeto libro hasta las manos del lector). Pero, por otro lado, no olvidemos que el CD Rom multimedia de 1990 se ha vuelto ilegible, los códigos y los formatos han cambiado, más aparatos lectores. La obsolescencia acelerada de los estándares hace problemático el acceso a los recursos así almacenados (mismo problema para el INA⁴ para la explotación de los archivos de video de los años 50 y 60, siendo bastante más percedero el soporte magnético que el Celuloide). Se gana en densidad de grabación en un compact, y mañana más aún, en un DVD (Digital Versatile Disk), ¿pero con qué esperanza de vida? Para el CD comprimido, se habla de veinticinco años (mucho menos que los microfilmes de ayer). Si tenemos en mente la observación de Valery «la humanidad se ha elevado lentamente sobre la pila de durable», y si añadís a la precariedad de los soportes la rapidez de evolución de softwares y métodos de tratamiento, podemos preocuparnos un poco por la humanidad de pasado mañana⁵.

¿Lo fácilmente accesible nos hará olvidar lo potencialmente durable? Se ha calculado que la duración media de una página Web es de seis semanas, la duración de un sitio, no mucho más. Estas cifras no tienen mucho sentido, pues los sitios emigran, se transforman, vuelven a nacer (se borran datos, pero retomados por otros regresan a nosotros por vía de otros sitios). Poner un documento en línea es poner en riesgo, desde luego, la integridad y la propiedad de autor, pero es también abrirlo a imprevisibles metamorfosis. En cualquier forma, nos podemos preguntar si a fuerza de franquear los muros del espacio no vamos a desaprender a franquear los muros del tiempo. Quizás no podemos gozar de las dos dimensiones a la vez, papá y mamá por fin reunidos. Quizás hay que elegir, hoy como ayer, entre el modelo *sociedad de transmisión*, en el que la victoria sobre lo efímero es la prioridad, y los «correómanos» puestos como ejemplo, y el modelo *sociedad de comunicación* que quiere en principio comer kilómetros, ¿y poner cables por doquier? ¿Incluso hay quizás, en cada época de la humanidad, un juego empatado entre las *armaduras de la perennidad* y los *dispositivos de la ubicuidad*. No es un poco lo que sugiere, bromeando sólo a medias, Milan Kundera cuando observa, a propósito de un motociclista que acelera en la carretera para sacar de su cabeza una escena matrimonial, que «el grado de velocidad es proporcional a la intensidad del olvido»? ¿No nos podríamos arriesgar, en esta misma vena, a que nuestras esferas de difusión se agranden a medida que se encogen nuestras capacidades de retención? Mejor se vuelve afuera, menos queda dentro. Puede verse en la historia del papel, «frágil soporte de lo esencial», una suerte de alegoría emblemática. Balzac, al inicio de las *Ilusiones perdidas*, canta el paso del papel de gasa a la pasta de madera, y de la «forma» al papel continuo: esto es lo que va a alargar la circulación de los impresos, extender el imperio de la opinión, abrir la lectura a todos. Pero este soporte más abundante, más manejable, de menor costo, Balzac no

⁴ Instituto Nacional del Audiovisual. [N. de los T.]

⁵ Ver en particular Catherine Lupovici, *Les strategies de gestion et de conversation préventive des documents électroniques*, Bulletin des Bibliothèques de France 2000, N° 4.

podía adivinarlo, marcará también el fin del libro-monumento. Por la degradación de la celulosa, el *papel ácido* del siglo XIX será aquél que se quema, se rompe y se derrite en el fondo de nuestras reservas. Y nosotros, nos ponemos a construir refugios para resguardar «crías de polvo». Bibliotecas en las que, por otra parte, lo que es más difundido es lo que menos se conserva.

Hay entonces un sustrato material al divorcio que nos ocupa, entre *la explosión de las movi­lidades* (de las personas y de los bienes, de los capitales y de los teléfonos, por rutas, redes y satélites) y *la implosión de las continuidades* (cuyas crisis supuestamente de identidad o de civilización son un efecto de superficie). Éstas tienen como apoyo *vehículos fijos* que llamamos instituciones, a un ritmo de evolución muy lento, — estructuras familiares, iglesias, Estados, Escuelas, lenguas, etc... Aquéllas suponen máquinas circulatorias de renovamiento rápido. Para esquematizar (y dar a nuestros amigos historiadores el placer del «no, no es tan sencillo»): el vector M. O. (materia organizada) da su asiento a la comunicación; el vector O. M. (organización materializada), a la transmisión.

Entre nuestros M. O. y nuestros O. M., entre nuestros aparatos y nuestras instituciones, el desequilibrio va acentuándose. Podemos comprimir el espacio por la velocidad (hasta 300 000 kilómetros por segundo). Hasta el punto de anular, sobre las redes, los efectos y los signos de la distancia. Pero la técnica no puede hacer lo mismo con el tiempo de formación y de incubación. El pequeño debe ir todavía a la escuela para volverse grande, y la escuela, ella *sigue siendo* aburrida y ello tiende incluso a prolongarse. Yo puedo, de París, conocer en el acto un evento que ocurre en Moscú, pero me faltarán aún varios años para aprender el ruso, y poder comprender el mundo a la rusa. En dos siglos, el trayecto París-Moscú se ha reducido para nosotros en un factor cien: tres horas en lugar de tres semanas. Pero para leer *La guerra y la paz* mis prótesis no me sirven para nada, ni un día ganado. Sigue siendo así de *larguísimo*. Hay algo aquí de incompresible, es irritante; hay algo aquí como un intolerable factor de inercia del cual un cierto modernismo simplón bien querría poderse quitar el peso. Buscando los trucos que harán del sueño realidad (lo *digest*, lo *best of*, la lectura express, etc.). Fantasmando un *informe de los atajos*. Esperando la píldora para aprender el español o el ruso. Es decir, soñando ahorrarse el tiempo del aprendizaje, por una suerte de ingestión farmacéutica de dosis de saber o de experiencia.

Restituyendo en la larga duración la palabra de la orden del día: «todo lo que ya no es transmitido hará en adelante objeto de una comunicación» — un espíritu rancio se consolará viendo aquí un tardío retorno de la balanza. Como si, modernos o postmodernos, fuéramos castigados, a fin de cuentas, por donde habíamos otrora pecado. A las sociedades religiosas y conformistas de antaño se les iba la mano, del lado de la continuidad. La idea griega del destino, la idea cristiana del pecado original —los Atridas y los hijos de Adán: culpables pero no responsables— pueden interpretarse como transmisiones (entre generaciones) que hacían demasiado. Inmovilizaban la aventura humana en estereotipos aplastantes. De aquí la necesidad, una vez adquirida la salida de la religión, de aligerar las fatalidades hereditarias —y de reactualizar nuestros actos, ponerlos de nuevo en el presente, apuntando hacia una socialidad sin hipotecas ni deudas, sin pecado original. Tal sería nuestra Justicia inmanente.

Preguntémonos, no obstante, si la canonización de la ruptura —y el prestigio social del halo de vanguardia, como tradición de la ruptura— no fue liada también (entre otros factores) a la ascensión en el siglo de las potencias de información. Ésta, recordémoslo, se mide según los ingenieros como *lo inverso de una probabilidad de aparición*. Traducción prosaica: es lo inesperado lo que hace la primera plana (no el perro que muerde al obispo, sino el obispo que muerde al perro). Es el apartarse de la norma transmitida lo que suscita el interés, y mide el valor. Lo insólito se comunica, es por naturaleza una información. La continuidad no es una. La rutina no da lugar a comunicar. Desventaja comunicacional de la duración (que la gente que está a cargo, en

cada dominio, se ingenia para remontar). La evolución de las técnicas es una continuación de rupturas impuestas; la evolución de una cultura, una serie de rupturas conjuradas y de traumas superados (y el genio inventivo, pensemos en Picasso, una manera de transformar una ruptura en medio de repetición [reprise]). La cuestión es saber *hoy* (lo que sin duda no era el caso en los siglos XIX y XX) si el imperativo de supervivencia tanto cultural como físico no conduce a romper con la superstición de los hiatos. Y a tomar como modelo a los historiadores del arte que otrora han requerido, para llevar a cabo su labor, recortar los *continuums* temporales —entre Roma y Bizancio, el Medioevo y el Renacimiento, lo moderno y lo contemporáneo, etc., pero que resienten en el presente, nos dicen, la necesidad de superar esas murallas de China o esos parcelamientos⁶.

Para devolver sus oportunidades a la transmisión —y volver a poner derecho el bastón, torciéndolo en el otro sentido—, nos haría falta poner en juego otra vez la institución. Es una parte difícil, una apuesta de uno contra cien. Todo el mundo aclama *el deber de la memoria*. Es un poco querer el efecto sin la causa, porque la causa tiene mala prensa. Es quizás incluso una forma de amnesia, para olvidar que no hay memoria viva sin el apoyo de una institución viva, y la retracción de las liturgias colectivas en moral privada viene más del síntoma que de la solución. Hemos querido liberar al individuo de lo instituido, para devolverle su libertad, su creatividad, la maestría sobre sí mismo. Hemos jugado la asociación (el polo del bien: igualitario, voluntario, contractual, efímero) contra la institución senil (el polo del mal: autoritario, arcaico, fosilizado, dogmático), un poco como oponemos por otra parte el happening a la obra o la sociedad civil al Estado. Hemos fantaseado un vínculo social con la economía, una sociedad liberada de su deuda genealógica, sin englobe ni trascendencia. Y nos hemos encontrado en un libre circuito, sí, pero mercantilizado, de cinismo bastante cruel. Es el mundo de la precariedad máxima, de la evaporación al minuto; el devenir-burbuja del ser humano. La promoción por doquier de la institución nula —con miras sesentayocheras, si es el caso— ha, en unos treinta años, desembocado en la sujeción de todas nuestras actividades a la verdad de los precios, al solo criterio comercial. La política de todo para el ego era la de Gribouille: adiós, reportes de autoridad, hola, a los reportes de fuerza, físicos, mercantiles o mafiosos. El caíd, las bandas y las marcas, sea la ley del más fuerte, redoblada en la ley del más rico por las recetas manipuladoras del marketing. 1968-2000. ¿Quién ganó en el cambio? ¿El progreso o la regresión? ¿Los pobres o los ricos?

¿Para qué sirve una institución? Para nada utilitario, a primera vista (en contraste con el servicio público, cuyos usuarios están en derecho de esperar beneficios inmediatos). La institución —y la lengua es la primera de todas— tiene otra suerte de utilidad. No es «fascista». Es incorporante, para ayudar a los humanos a sobrevivirse, prestándoles su propia perennidad. Los ancla en el largo plazo. Les ayuda a mantenerse derechos. Haciendo un poco de sólido con mucho de fluido. Resbalando del después al durante. Una pizca de inmoralidad entre la gente de paso que somos, un inicio de mundo común entre intereses y temperamentos que opone todo. En pocas palabras, es un ardid que emplea lo precario para eludir la entropía, un buen truco para diferir el naufragio. Estos fósiles reluctantes llenan, a nuestras espaldas, una función vivificante. *El acto de comunicación* de una persona física, de un individuo, no tiene oportunidad de sobrevivirse y de sobrevivirle a menos que sea retomado o relevado

⁶ Ver el coloquio de mayo de 2000 en el Museo del Louvre titulado *Ruptures: de la discontinuité dans la vie artistique* (bajo la dirección de Jean Galard y de Matthias Wascheck).

por una persona moral, de derecho público o privado («agrupamiento o establecimiento titular de un patrimonio colectivo y de una cierta capacidad jurídica»). La crisis de la transmisión y la crisis de las instituciones son una y la misma cosa.

Y es bien molesto. Pues la institución tiene tres taras principales, que son sus fundamentos. Ella es prescriptiva, exclusiva y desigual. *Desigual*: la reciprocidad emisor/receptor, y la simetría entre operadores, es el horizonte que asegura la comunicación social. La transmisión, ella, es por naturaleza disimétrica, como lo es la filiación en relación con la conyugalidad: marido y mujer son iguales, pero no padres e hijos. Insoportable. *Prescriptiva*: una institución tiene principios y reglas. La toma de palabra se hace allí de manera autorizada y decisiva, según una lógica de lugares que precede y domina los titulares transitorios, actuando y hablando por la legitimidad que les da la permanencia de esta lógica. El grande y el pequeño, el profesor y el alumno, el *compagnon*⁷ y el aprendiz, no están sobre el mismo pie. Hay jerarquía, disciplina, restricciones y obligaciones. Insoportable. *Exclusiva*: una transmisión se efectúa en comunidad, en un cuadro colectivo —*ashram*, cofradía, escuela, iglesia, *compagnonnage*⁸, etc., y no todo el mundo puede formar parte de dicha comunidad. Hay ciertas condiciones de entrada, sobre todo en la familias adoptivas, más fecundas pero aún más exigentes que las familias naturales —*exámenes*, conversión, compromiso, adhesión, etc. Los medios fabrican públicos, no crean comunidades (grupos que resisten al tiempo). Los hombres deben ser varios para despegar del instante presente, y los viajes en el tiempo son casi siempre viajes organizados (insoportable).

Sea un teatro, un anfiteatro de una universidad, una iglesia, una logia, una academia, un museo —los recintos dedicados a la transmisión se reconocen hoy en dos detalles: hay un desnivel en el suelo, una estrada, una baranda, una tribuna, un cordón, un dispositivo de separación entre el que emite y el que recibe (materializando el corte semiótico); y la asistencia requiere allí desconectar el móvil, por no otras razones que técnicas (como es regla en los aviones, para no interferir con los instrumentos de borda). Se requiere desconectarse de la urgencia y del mundo exterior; es el tiempo de un paréntesis. Una salón de cursos en el que un alumno puede encargar una pizza por teléfono para calmar un pequeño apetito será llamado un espacio no de transmisión, sino de comunicación. Esta es la diferencia, si se quiere, entre una clase de filosofía y un café filosófico. Los dos se complementan muy bien, pero la idea de que se podrá reemplazar un día la clase por el café parece pecar de optimismo.

En suma, la comunicación tiene el viento en popa porque opera de *punto a punto*, entre individuos, respetando el «es mi decisión», el sacrosanto «si yo quiero y cuando yo quiero». La transmisión, a este respecto, está mal parada porque es heterónoma, sectaria, comunitaria y reglada («prohibido prohibir» significa finalmente: prohibido transmitir). La fe católica se transmite vía *la Iglesia*, que tiene su derecho de canon; los Protestantes, que no lo tienen, transmiten vía *la familia*, que tiene sus estructuras. La doctrina socialista se transmite vía el *Partido*, que tenía status, y el saber se transmite aún vía el Colegio, la Facultad, la *Escuela*, que otrora tenía consejos de disciplina y horas de castigo. Como las ciencias del vino por cofradías de Cate-Vino, que tienen sus ceremonias. A través de ciertas restricciones, e incluso un aburrimiento seguro, pues no hay transmisión espontaneista, instantánea, ni festiva. Las sociedades de transmisión son de tipo «holístico» (primacía del todo sobre la fracción); las sociedades de comunicación de tipo «individualista». Una red de comunicación es una colmena con múltiples entradas, una Torre de Babel con un alto grado de libertad. Una vía de transmisión, más bien un túnel de recorrido dirigido, con un débil margen de ini-

⁷ En la época medieval, el estatuto de *compagnon* era intermediario entre el de aprendiz y el de maestro. [N. de los T.]

⁸ Antigua asociación entre obreros que buscaba instrucción profesional, seguridad y moralización. [N. de los T.]

ciativa, al inicio. En términos de acuerdos inmediatos, «no hay foto». A largo plazo, los beneficios se invierten.

No hay más que observar, si la puesta en paralelo de lo sagrado y de lo profano es posible, dos paradigmas, dos concentraciones de transmisión histórica: el judaísmo y el *Compagnonnage*. No tienen la misma importancia ni la misma antigüedad, pero entre lo espiritual y lo manual hay algo de extrañamente superponible. Ceremonias colectivas (la recepción del aprendiz *compagnon*, el Bar Mitzva del joven judío) y una fuerte ritualización del tiempo (Shabbat, fiestas de celebración); pruebas iniciáticas (Tour de Francia y peregrinaciones); obligación hacia el grupo (los *Compagnons* se dicen del deber y tienen un código de honor); iniciaciones reglamentadas (ritos de paso, gestos de consagración, contraseñas, pero el cuerpo del *Compagnon* no es circunciso). En todo caso, memoria y comunidad van a la par (la Alianza sinaítica se hace con todo un pueblo). Es una y la misma cosa romper una continuidad y atomizar un *nosotros*.

No hay transmisión sin rituales, en efecto. Estos pequeños montajes cronometros son medios de *mantenimiento*, de reactivación de un mito fundador. Pasan por encima de los milenios o los siglos para actualizar la Alianza o el Exilio, la cuaresma o la partida a la Medina, la Toma de la Bastilla, o del Palacio de Invierno, etc. (a cada colectivo su seguro de vida). Nos hacen contemporáneos un pasado capital, invisible, inaudible, y sin embargo, sensible al corazón, en suspenso en el presente. Nos hacen la gracia de un presente extra-histórico. Lo que nuestro dejar-hacer erosiona o deshace, estas máquinas para remontar en el tiempo lo reconstituyen, lo recomponen. El tren o el avión luchan contra el espacio; la Eucaristía, el depósito de manojos de trigo, o el homenaje al fundador, luchan contra el tiempo. Así, rituales de la transmisión obrera a principios de siglo, cuando se iba a la estación a buscar al gran hombre venido de París, con la bandera en la cabeza; mítines, enterramientos colectivos, fiestas campestres, banquetes republicanos, nos hacen sonreír, a lo mejor erróneamente. Replegándonos a la informalidad para conservar el en-cuanto-a-sí, agrandamos en nosotros mismos las zonas de violencia. «La improvisación toma fácilmente la forma de la injuria», decía Alain. Reglamentando los cuerpos para la recitación, lo gestual, el canto, los ritos aportaban serenidad. Repudiamos por ridículo o vergonzoso la mala nota, la distribución de precios, todas las marcas de franqueamiento o de reconocimiento; suprimimos los umbrales (de paso o de estación), las puertas a la periferia de las ciudades, los comienzos o las clausuras del año escolar, etc. No es seguro que nos encontremos finalmente a nuestras anchas, y que un individuo apartado de los marcos sociales de su memoria y desconectado de lo persistente, gane en libertad de movimiento y de invención lo que economiza en el traje de corbata, los uniformes y las fórmulas ya hechas. ¿No tiene una «falta de conducta» un doble sentido? Demasiadas ceremonias anquilosan; no suficientes atomizan o deprimen; no las perdemos todas; causaría desasosiego y desamparo, por otro desvío de restricción (las antiguas neurosis provenían de un aplastamiento del padre, pero las nuestras de un derrumbamiento del padre). Nos es posible remodelar la conyugalidad, reequilibrando el estatuto económico, jurídico de la pareja, pero la filiación resiste. Es de otra naturaleza. Aquí, el libre consentimiento individual no es un criterio: el niño no pasa por un contrato con sus padres antes de nacer. No ha firmado nada, no se le ha preguntado su opinión, pero está allí.

Lo que Deleuze llamaba la era de las *sociedades disciplinarias* correspondía a la primacía de vehículos de transmisión, como órganos de integración y de prescripción vertical (los diez mandamientos). Familias, cofradías, órdenes, iglesias, armadas, Estados, corporaciones, academias, aportaban reglas, rutinas, repertorios y encuadre

simbólico. Lo que llamaba por oposición la *sociedad de control*, la nuestra, corresponde a la hegemonía de redes de comunicación, como órganos de regulación y coordinación horizontal. Este agarre es sin duda más ligero y más alegre, pero no deja de suscitar un poco por todas partes demandas de reafirmación⁹.

Estas no serán fácil de satisfacer. Por una simple razón: el ideal postmoderno de la institución cero ha encontrado en los nuevos procedimientos de auto-servicio los medios de su fin. En todas partes, el mediático hace saltar la mediación institucional. Nuestros diferentes modos *de acceso directo* son asimismo *desintermediaciones*. Ya no hará falta, mañana, ir a la escuela para acceder al saber, no más que leer el diario para acceder a la información. Ya no hará falta, con el texto electrónico, la gran biblioteca; ya no hará falta, con el Museo virtual, el Museo para descubrir y explorar las obras de arte. Los ídolos del fútbol no tienen más necesidad de pasar por *l'Equipe*¹⁰ para dar sus noticias a sus seguidores, tienen su sitio. Y los creyentes ya no tienen necesidad de ir a la Iglesia para escuchar la misa, se podrá comulgar a domicilio dejando encender la pantallita (los teleevangelistas americanos piden ya a los fieles poner las manos sobre la tele para que las gracias de curación o de conversión puedan llegar hasta ellos). Saludamos estos rentables esfuerzos, pero decimos enseguida nuestro sentimiento: dudamos que lo logren. La dimensión corporal de la pertenencia comunitaria nos parece imposible de «zapear», igual que la relación oral de maestro a discípulo. Lo presencial, como se dice. Lo espiritual sin carne es un deseo de la mente, Péguy nos ha prevenido. Y Nietzsche: «todo lo importante sólo se enseña de persona a persona». De cuerpo a cuerpo y de mi alma a tu alma (es lo mismo). Se me acusará, evidentemente, de nostalgias autoritarias. Al contrario, se querría apuntar la urgencia de combinar, de reconciliar, según una fórmula que queda por encontrar, y cuyo arreglo decidirá nuestro avenir, nuestro derecho a la autonomía (que nadie puede, afortunadamente, poner en cuestión), y el deber de institución (que nadie puede, muy afortunadamente, eludir por mucho tiempo). Es tan cierto que el rechazo de las restricciones de la transmisión parece desembocar en restricciones aún peores. La Autoridad infantilizante ha vivido, y tanto mejor. La infantilización por falta de autoridad se lleva, en cambio, bastante bien.

Tan triviales como sean, estos llamados parecerán escandalosamente reaccionarios. Yo los creo profundamente progresistas, aunque mediáticamente incorrectos, e incomunicables. Las buenas estrategias son paradójicas. Desafortunadamente, la paradoja (como el segundo grado¹¹ o el humor) no pasa en «la com'». Sirviéndonos de un tópico parlamentario, un poquito anticuado, digamos que en 1968, lo más claro de una generación ha tomado la izquierda para ir a la derecha. A la vista de los resultados, no se vería otra cosa que ventajas para poner ahora la flecha hacia la derecha

⁹ Y en particular, «la demanda de una sociedad en la que las líneas de solidaridad conyugal sean más duraderas, mejor reconocidas, mejor encuadradas y menos sometidas a los efectos perversos de una lógica de libre-consentimiento privado, sin compromiso. Para comprender esta demanda, debemos medir cuánto estos efectos de libre-concubinato son la consecuencia probable de una intención al principio muy legítima. Es que la conyugalidad moderna pone al matrimonio como un alianza entre individuos iguales, en donde la conyugalidad ya no está subordinada a la filiación, sino quizás vivida como una sinceridad, una fidelidad, un placer libre. Esta libre-alianza rompe la sujeción de las mujeres a su papel en la economía de la filiación. Es lo que cantaba el gran Milton en su panegírico por el divorcio, y las culturas protestantes han luchado a menudo en este sentido. Su intención estaba bien alejada de este ejercicio de sinceridad autocentrada que llamamos individualismo. No obstante, sí es la disciplina de la veracidad de los sentimientos la que logra esta autenticidad narcisista y solitaria de la que sufrimos, a esta precarización general de las conyugalidades». (*Éléments de réflexion sur la Famille, la conjugalité et la filiation*, op. cit., Fédération protestante de France, septembre 1988).

¹⁰ Diario deportivo editado en Francia. [N. de los T.]

¹¹ La ironía, después de la literalidad (el primer grado) . [N. de los T.]

para doblar a la izquierda. Un prestado por un devuelto. Las vendas de momia ya no están en los museos de antaño, sino en el individuo auto-engendrado, titular de derechos sin deberes, festivo, joven e inmediatamente original. El antiguo baño de juventud hace envejecer mal. Para continuar subiendo, la sabia debe reencontrar el tallo, de nuevo. Liberar *once again* nuestras aptitudes hacia lo nuevo, hacia la audacia, hacia lo inventivo —no se hará sin reanudar la trama de las disciplinas personales y colectivas. Rimbaud revolucionó la poesía porque sus maestros le hicieron hacer, de adolescente, miles de versos latinos.

¿Cómo hacer comprender, cuando tenemos la religión de la comunicación, que es la anti-religión por excelencia, que Auguste Comte, esa vieja barba de la que no osamos aún quitar el busto, plaza de la Sorbona, es el verdadero filósofo del siglo XXI, sin afrontar de inmediato las burlas? ¿Y que a no hacer para nada sociedad con los muertos, a lo que velaba su religión de la Humanidad, nos privamos nosotros mismos de vida? ¿Que hay subordinaciones que emancipan, y liberaciones que servilizan —no más padre, no más revuelta. Que el verdor rebota mejor sobre lo anticuado, que la repetición no molesta a la alegría, que ciertos recintos agudizan la sed de aventura, y que nuestro vitalismo exuberante conduce a nuestras sociedades a la necrosis. Que los revolucionarios fueron todos grandes nostálgicos, y que el encomio de la juventud cubre un crimen legal contra los jóvenes (impedirles crecer)? ¿Que las posibilidades del yo-mí nos hacen aún más difícil el acceso a un yo autónomo? ¿Y que los deseos sin restricciones ni aprendizaje se pagan en abulia generalizada? Osad sostener que buscar la creatividad en el «sin reglas ni fronteras» es disminuir su potencial de creación... Esta banalidad os cocerá. Demonios. Trabajo, familia, patria. ¿No deberíamos aquí invocar en defensa a Claude Lévi-Strauss? Se recuerda que el etnólogo ha pacíficamente, discretamente, avanzado en la idea según la cual para conservar algo para transmitir, más vale, para una cultura, no demasiado comunicar¹². Sobre todo cuando comunicar se transforma en verbo intransitivo, bastándose a sí mismo, sinónimo de hacer ruido con la boca. Hasta ya no saber quién dice qué, con tal que hable y se mueva, que no haya ángel que pase en medio del flujo. Entre más cerca estéis de la paradoja, más os aproximaréis al avenir, pero más haréis figura de retrógrada. Me detendré aquí, valiente, mas no temerario.

Concluamos, pues. «Dos cosas amenazan al mundo, decía Valery, el orden y el desorden». Dos cosas amenazan nuestra libertad de pensar, diríamos en eco: la comunicación y la transmisión. Mejor decir: la negligencia (que es el hecho de no leer, de no recoger los documentos del pasado) y su antónimo exacto, la religión (que reúne a los hombres recogiendo sus huellas). En una sociedad enteramente crispada sobre sus transmisiones, «los muertos gobiernan a los vivos». Eso se llamaba el Egipto faraónico, o la Unión Soviética. En una sociedad en donde es rey el reguilete comunicativo, los vivos se esparcen por todos los vientos, de la opinión y de la moda. Eso se llama «la era del vacío». Intentemos no tener que elegir entre el imperio de los sarcófagos y el reino del loto. Entre la cultura-burbuja y la cultura-búnker. Entre el nómada volátil y conectado, excesivamente disponible, surfando sin peso sobre la red, y el paranoico incrustado en su montículo, sus tumbas y su clan, indisponible a cualquier otra cosa. En su búsqueda de la felicidad, o del reposo, la humanidad es acaso como el herido insomne que no deja de dar vueltas en su cama, persuadido de que encontrará el sueño sobre el flanco derecho, y veinte minutos después, sobre el flanco iz-

¹² «Plenamente lograda, la comunicación integral con el otro condena, a un término más o menos breve, la originalidad de su y de mi creación. Las grandes épocas creadoras fueron aquellas en las que la comunicación había devenido suficiente para que los interlocutores alejados se estimularan, sin ser empero bastante frecuente y rápida para los obstáculos, indispensables entre los individuos como entre los grupos, se disminuyen hasta el punto en que cambios más fáciles uniformizan y confunden su diversidad.» (Claude Lévi-Strauss, *La mirada alejada*)

quierdo, y así sucesivamente. Ninguna posición tolerable a largo plazo, estamos forzados a probar una, luego otra. A alternar. ¿De qué lado? Todo será asunto de dosis, y de circunstancias. En el absoluto, los inconvenientes de la institución, que termina por osificar las vitalidades sociales, sin duda contrapesan los de la desinstitución, que precariza a los seres humanos. Pero hoy, los jóvenes no sufren de la escuela-barraca, sino de la escuela-jungla. Y todos hemos pasado de un exceso de ley a una ausencia de ley. Desde entonces, ir lo más rápido consiste en reencontrar, o más bien en reciclar en un nuevo contexto, las artes de la lentitud, y el genio de los lugares. A demasiado querer transmitir, es cierto, podemos renunciar a comunicar y a quedarnos encerrados en estas certezas, acampar sobre estos principios. «Reglamentación y fluidez para encontrar», como lo aconseja a justo título Philippe Lejeune en su *Cher écran [Querida pantalla]*. Sí, seguro. Pero sin olvidar los retornos de bastón fundamentalistas, territorializantes, los encerramientos identitarios en la secta o el dogma, lo sagrado y las raíces, y todas las resacas comunitarias sobre las que desembocan nuestras ebriedades «desterritorializantes» y desinstituyentes. Un estratega quizás diría, en la situación de anomia generalizada a la que la idolatría económica nos ha conducido: «en el fondo, el mejor medio de prevenir el retorno, mañana, de los hombres-búnker, el enemigo estratégico, es, por ahora, no ceder en absoluto, resistir tanto como sea posible a los hombres-burbuja». Eso sería, en efecto, prudencia.